

LA CONCEPCION SEVILLANA DE SAN LESMES, DE BURGOS

Las relaciones artísticas entre Burgos y Sevilla comenzaron a raíz de la conquista cristiana de la metrópoli andaluza. No es de extrañar que a partir de aquel momento los intercambios artísticos entre una y otra fuesen frecuentes en extremo, indicio seguro de afinidades sentimentales que justifican plenamente la predilección de una ciudad por la otra. En vigor estas relaciones tienen un prólogo brillante, por lo que toca a Sevilla, aun en plena época musulmana. Díganlo sino las espléndidas yeserías hace unos años descubiertas en el histórico monasterio de las Huelgas, o las magníficas puertas con rica decoración de lacería y ataurique en el mismo cenobio cisterciense.

Motivan estas líneas la presencia en Burgos de otra obra de arte sevillana, de fecha mucho más tardía, pero que evidencia, como las anteriores, ese especial tributo de amor de Sevilla hacia Burgos. Me refiero a la Inmaculada del templo de San Lesmes, obra que define claramente las excelencias de la buena escuela pictórica sevillana, si bien no ya en los momentos de apogeo, sino más bien del ocaso. Acerca de la filiación de esta obra una leyenda reza bien claramente en el ángulo inferior izquierdo del cuadro: «Dominicus Martínez Pictor» y en el lado opuesto «Hispalis, anno 1733».

Domingo Martínez, Pintor

Domingo Martínez, junto con Lucas Valdés, el hijo del pintor de las Postrimerías, es la figura representativa de la pintura sevillana del siglo XVIII. Había nacido en la ciudad del Betis, ignorándose la fecha exacta, que pudo ser a fines del siglo XVII, según parecer de Ceán Bermúdez, universalmente admitido. Hizo su aprendizaje con un pintor mediocre llamado Juan Antonio Ossorio. «Aplicóse a la miniatura en su

primera edad; en ésta, la arquitectura y la perspectiva que aprendió con D. Lucas Valdés, y algunas cosas por el natural, se distinguió; fué hombre mui estudioso; havía sido page del canónigo Abaría; y fraile agustino en Cádiz» (1).

Esta vida, aparentemente compleja por la mudanza de situaciones, transcurre tranquila y sosegada en su ciudad natal, de la que como tantos otros sevillanos auténticos, jamás quiso ausentarse. Y es fama que tuvo una oferta tentadora por parte del pintor francés Jean Ranc, quien con motivo de la estancia de la Corte en Sevilla frecuentó mucho su estudio y, haciéndole objeto de su mayor estima, le propuso para ser pintor del Rey, cargo que él rehusó. «Martínez—escribe Ceán Bermúdez (2)—no estaba necesitado ni le faltaban obras que pintar, por lo que prefirió la tranquilidad de su casa». Salvo el paréntesis de su estancia en Cádiz en la orden agustiniana, en Sevilla vivió y en Sevilla murió, según Ponz, gozando de bienestar y riqueza. La fecha de su óbito es incierta. Matute dice que fué el 29 de diciembre de 1749; Ceán la sitúa en el mismo día de 1750. Murió con 61 años.

Un documento alusivo a la corporación de los pintores y publicado por Gestoso, nos informa que Domingo Martínez vivía en la calle de los Posaderos, parroquia de San Martín. Aquel barrio había sido dignificado para el arte por la presencia de los talleres de los más insignes escultores sevillanos del siglo XVII. Allí, en su hogar, constituyó una verdadera academia de pintura, adonde concurrían muchos discípulos, significándose entre ellos, al decir de Ceán, su yerno Juan de Espinal, Andrés de Rubira y Pedro de Tortolero. El prestigio que alcanzó en la ciudad, era ciertamente superior a sus méritos profesionales y se debería en parte a sus dotes personales de hombre bueno, servicial y de gran simpatía en su trato, de cuyas condiciones, según Matute (3) «le resultó honor y caudal considerable». Por su parte Ceán afirma que «su buen trato y amabilidad atraxo a su casa las personas más condecoradas de la ciudad y, con ellas, muchas obras». De su ascendiente en los medios artísticos locales baste decir que en ocasión de que pensaran enajenar el cuadro de la Cena, de Murillo, en Santa María la Blanca, a él se acudió para dar su parecer, según documento conservado en la colecturía de la antedicha iglesia.

(1) Texto del Conde del Aguila. Publ. por J. M. Carriazo: *Correspondencia de don Antonio Ponz con el Conde del Aguila*. En «*Archivo Español de Arte y Arqueología*», tomo V, 1929, página 181.

(2) Ceán, *Diccionario*, tomo III, p. 74.

(3) Matute: *Anales*, tomo II, p. 88.

En cuanto a sus dotes artísticas, los autores coinciden al regateárselas, y no mucho más dice la contemplación de su obra. Esta circunstancia hizo que, a pesar de su indudable valía humana, su magisterio no fuese muy eficaz. Refiriéndose a los discípulos que se formaban en su academia, Ceán escribía: «Unos estudiaban principios, otros copiabán estampas, aquellos dibuxaban modelos de yeso y el maniquí y estos el natural, que pagaba Martínez a sus expensas; con todo no se vieron progresos correspondientes a esta enseñanza y aplicación; y no podemos atribuirlo sino a que Martínez no poseía los sólidos principios de su arte. Carecía de invención e ignoraba las reglas de la composición, por lo que se valía de las estampas que poseía en abundancia. Su colorido y estilo eran amanerados y su dibuxo no era muy correcto. Pero el buen uso de las estampas, la falta de inteligencia en sus elogios y la dulzura de su trato le adquirieron una reputación superior a sus méritos» (4). En sentido análogo se expresa Matute cuando escribe: «Hubiera sido un gran pintor si la multitud de obras que admitía no le hubieran impedido estudiar los buenos maestros y obligarle a valerse de estampas que le ahorran el trabajo de pensar e inventar (5). Este defecto acerca de su ignorancia de las reglas de la composición, es censurado igualmente por D. Antonio Ponz al llamarle «profesor de este siglo, de bastante genio, pero no siguió el camino de los buenos artífices que le precedieron y mas se dejó llevar de las estampas de Carlos Marati» (6).

Su obra conservada hoy no deja de ser copiosa, y corrobora, dentro de unos límites decorosos, los juicios arriba expuestos. Decoró la capilla de la Antigua en la sede hispalense, que el Arzobispo D. Luis de Salcedo había escogido para enterramiento propio, y cuya renovación había hecho a sus expensas, a partir del año 1734. En estas pinturas conservadas hoy y en otras que desaparecieron en un incendio en 1889, según Ceán, los préstamos de las estampas. En la capilla del Palacio de San Telmo, Domingo Martínez realizó las pinturas al fresco de la semi-bóveda del presbiterio y la bóveda de la sacristía, así como también cuatro grandes lienzos con pasajes alusivos a la educación de la infancia, de acuerdo con los fines de aquel establecimiento. También es suyo el cuadro de las Animas de la parroquial de San Pedro, que según testimonio de González de León (7), copia un original de Alonso Cano,

(4) Ceán: *Diccionario*, tomo III, p. 74.

(5) Matute: *Adiciones al Ponz*, tomo I, p. 367.

(6) Ponz: *Viaje de España*, ed. de Aguilar. Madrid, 1947, p. 788.

(7) González de León: *Noticia artística...*, tomo II, p. 196.

hoy desaparecido. En el museo sevillano, Martínez está representado en dos de sus actividades. Como fresquista es suya la decoración de la gran bóveda de la que fué iglesia del convento de la Merced. Es obra fastuosa en su decoración, prodigando medallones con escenas alusivas a la orden dominicana. Como pintor de caballete es suya, y se custodia allí, una gran Inmaculada, de filiación murillesca, de composición amplísima y grandilocuente, pues además del tema concepcionista, incluye en el gran lienzo apaisado a los Santos Padres, Doctores de la Iglesia, Santos y Santas distinguidos en su fervor hacia la Pureza, así como también las efigies de cuerpo entero de los monarcas Felipe IV, Carlos II y Felipe V. Muy poco conocida es la Anunciación, de Santa María la Blanca, en que tampoco están lejanas las sugerencias de Murillo. La serie de ocho lienzos de la Máscara, de la Real Fábrica de Tabacos es indudablemente suya, acusando ciertos reflejos de la pintura francesa del tiempo, en los que no resulta ajena la personalidad y amistad de Ranc. Las pinturas que decoran los altavoces de la iglesia de San Luis son un tanto flojas y se harían en momentos de agobio de trabajo del maestro con el concurso de discípulos nada hábiles.

La Inmaculada de San Lesmes

Fué el Conde de la Viñaza quien, según mis noticias, dió a conocer el primero la existencia del cuadro del templo burgalés de San Lesmes. Lo describe sucintamente como «Purísima Concepción con ángeles rodeada de medallas pequeñas, que representan misterios de la vida de la Virgen; está firmada en 1733» (8).

Efectivamente, allí se conserva hoy día este cuadro, que ocupa un lugar destacado en la obra del pintor (9). Allí, entrando por la puerta principal, a mano derecha, se encuentra el altar de la Inmaculada Concepción, situado en lugar inmediato al sepulcro de D. Diego de Sandoval, beneficiado de la iglesia. Este altar se había construído originariamente en 1558, denominándose primero de Santa Ana y luego de Nuestra Señora de los Angeles.

Con fecha 14 de mayo de 1692, Domingo Alvarado, cura y beneficiado de esta iglesia presentó al P. Abad de San Juan una instancia en la que ponía de relieve lo reducido del espacio del altar hasta el punto

(8 y 9) Debo su localización actual y fotografía a mi buen amigo D. José Luis Monteverde. A D. Ismael García Rámila debo las noticias aquí aprovechadas acerca del altar y vicisitudes del retablo. Conste aquí mi gratitud a ambas personalidades burgalesas.



LIENZO REPRESENTATIVO DE LA INMACULADA

existente en el a'tar de esta advocación, sito a la entrada y nave de la Epístola de la parroquial de San Lesmes Abad.

Su autor el pintor sevillano Domingo Martínez. - Año 1733.

(Corresponde al trabajo del Sr. GUERRERO LOVILLO)

de que no permitía colocar siquiera los ornamentos sagrados en la misa, y solicitaba permiso para erigir a sus expensas otro más amplio y de dos cuerpos, ocupando el primero de estos una imagen de bulto de la Virgen y el segundo un cuadro de San Lesmes. Concedida la autorización se tapió el arco sepulcral de Diego de Sandoval y se aplicó el espacio suficiente para adosar al muro el altar de la Purísima. Algún tiempo después Domingo Alvarado adquirió el retablo hoy conservado. En él, sobre un zócalo que se apoya sobre la mesa del altar, se lee la fecha de 1649, fecha que, como muy bien supone el Sr. García Rámila, permite la creencia de que el retablo se debió de construir anteriormente para algún otro templo y que Alvarado lo debió de adquirir luego para esta iglesia.

En el primer cuerpo de este altar no aparece ya la imagen de bulto de la Virgen de que hablan los documentos, sino un gran lienzo de la Purísima, que sin duda debió de sustituir, después de 1733, a la escultura primitiva. El lienzo mide 2'74 metros de alto por 2'20 metros de ancho. En el centro, sobre un fondo cálido y rodeada de una guirnalda de ángeles, aparece la imagen de la Inmaculada en la acostumbrada versión iconográfica. La obra se constituye en una acabada síntesis Mariológica, merced al complemento de doce artísticos medallones intercalados en la galería de ángeles y representando los principales misterios de la vida de la Virgen: Nacimiento, Presentación en el templo, Desposorios, Anunciación, Visitación, Nacimiento del Niño, Adoración de los Reyes, Purificación, Huída a Egipto, pérdida y hallazgo del Niño en el templo, Muerte y, por último, Coronación de la Virgen.

Esta obra, por sus cualidades pictóricas, colorido fresco y fluído y perfecta unidad de composición, se sitúa entre lo mejor que salió del pincel de Domingo Martínez. No se descarta la posibilidad de que en la composición, en especial de los medallones, fuera tributario de ajena inspiración, pero sabido es de qué manera los más acreditados maestros hicieron uso de tal procedimiento. Por lo demás esta obra, de alcances ciertamente ambiciosos, queda como buen documento acerca de uno de los mejores pintores sevillanos del siglo XVIII.

Sevilla ha ofrendado a Burgos, y ello es bien sintomático, dos de sus más caros fervores. De un lado, lo que podríamos llamar el más antiguo y genuino retrato de su torre famosa, de la Giralda, el que se conserva en losa de mármol en la parroquial de Villasana de Mena. De otro, esta Inmaculada sevillana que Burgos guarda amorosamente. No cabe desde luego mejor presente a la más noble ciudad castellana por parte de la gran ciudad andaluza.

J. GUERRERO LOVILLO